

PREFACIO

Este DICCIONARIO DE DIFICULTADES Y APARENTES CONTRADICCIONES BÍBLICAS que se presenta al público es a la vez una obra vieja y nueva.

Vieja, porque gira en torno a la estructura de la obra de John W. Haley, publicada en 1874, hace pues más de un siglo.

Nueva, porque ha sido extensamente revisada en muchos de sus aspectos.

Buena parte de la obra preserva el contenido original de Haley. Sin embargo, en el esfuerzo continuado que se ha hecho desde la antigüedad en la exposición y dilucidación de las dificultades bíblicas se han ido sucediendo los autores y distintas posturas en cuanto al enfoque del tratamiento de las dificultades. La obra de Haley, muy valiosa en su planteamiento y estructura admitía una revisión en buena parte de sus departamentos, y merecía su preservación en buena parte de otros.

Ha sido la tarea de este revisor añadir y sustituir, así, materiales que a su juicio no cuadraban con una buena comprensión de la Revelación progresiva de Dios y sus diversos tratos con los hombres a través de la historia de la Revelación. Allí donde el tratamiento de discrepancias *doctrinales* demandaba un planteamiento de distinción de los tratos de Dios a los hombres bajo la ley y su contraste con la presente economía de los tratos de Dios con los hombres bajo la gracia, se ha expuesto así. Pretendidas discrepancias entre distintas secciones bíblicas mostrando tratos diversos de Dios con el hombre, bajo la Promesa antes de la promulgación de la Ley, bajo la Ley, ahora bajo los tratos de Dios en gracia para con los hombres en este Día de la Gracia, así como los futuros tratos de Dios en Juicio y Gobierno, todo esto recibe un riguroso tratamiento en esta revisión de la obra de Haley.

Algunos aspectos de la Historia Antigua han sido también revisados a la luz de la Cronología Revisada. En todo caso, se han dado referencias bibliográficas de las posturas expuestas y propuestas a la atención del lector.

Así, el presente redactor de esta obra asume toda la responsabilidad por el contenido actual. Ha procurado actuar en conciencia ante el Señor, y, reproduciendo las palabras de John W. Haley, su propósito «ha sido no la *originalidad*, sino la *verdad*, no tanto la producción de *nuevas* ideas sino la presentación de las *mejores* ideas pertenecientes al tema bajo consideración».

La presentación de los textos presentados por los críticos negativos como discrepancias, en palabras de Haley, «han sido dispuestas de tal manera que el lector puede ver a golpe de vista la pretendida antítesis o contradicción en cada caso. Como ha observado Andrews,¹ es mucho lo que se consigue si podemos ver cuál es la entidad de la discrepancia o contradicción, si es que verdaderamente existe. Pero además, al contrastar textos o frases aisladas, la divergencia frecuentemente parece mayor que lo que es en general, debido a que el poder modificador del contexto y la marcha general del argumento del escritor no puede en tal caso ser apreciado por el lector. Por ello, y para que el texto pueda ser visto en su verdadero sentido y relaciones, en su marco adecuado, se ha considerado adecuado en ocasiones extender la cita más allá de las palabras antitéticas. Por otra parte, y para ahorrar espacio, en casos en que la conexión de los conceptos no quedaba por ello perjudicada, hemos omitido cláusulas subordinadas, indicando a la vez la omisión con puntos suspensivos.»

Al haber respetado el orden dado por el autor en inglés podrá dar a la obra una apariencia de un cierto desorden. Sin embargo, el orden alfabético que en algunas secciones, no todas, aparecía en la edición inglesa no llevaba a un orden lógico. Siendo una obra mayormente de consulta, el examen sistemático de la obra queda facilitado por los índices temático, analítico y de citas de las Escrituras. Por otra parte, la obra puede ser leída también consecutivamente.

No infrecuentemente se dan varias posibles soluciones a una dificultad, donde el lector puede elegir por sí mismo la que a su juicio parezca más adecuada. Naturalmente, no se presentan todas las soluciones que se han propuesto como posibles, sino aquellas que parecen más razonables.

Algunos pueden quizá poner en duda la prudencia de publicar una obra en la que las dificultades de las Escrituras son así recopiladas y expuestas con tanta llaneza. Quizá desearían suprimir, hasta allí donde fuese posible, el conocimiento de estas cosas. Los autores no simpatizan con una política de timidez de este tipo. Consideran el deber del estudioso cristiano considerar abiertamente las dificultades y objeciones. Nada se ganará pasándolas por alto, evadiéndolas o esquivándolas. La verdad no tiene motivos para temer el

1. Life of our Lord, p. XVI

examen, por rígido y riguroso que sea. Además, los adversarios de la Biblia no se quedarán callados, incluso si sus amigos lo hacen. Se debe recordar que las «discrepancias» que siguen no son publicadas por *primera vez*. Han sido recopiladas de libros y folletos que han tenido y tienen amplia circulación, y ello no desde uno o dos siglos. Muchos de los argumentos que se ofrecen en contra de la fiabilidad de la Biblia se remontan a Porfirio (232-301 d.C.) y a Celso (siglo II d.C.). El veneno demanda un antídoto. El remedio debe ser llevado allí donde el mal está haciendo estragos en las mentes de muchos.

«Además, se me puede dejar decir que cuanto más he investigado el tema tanto más claramente he visto lo endeble y engañoso de las objeciones presentadas por los incrédulos. Y, sea que mis labores puedan resultar o no en inducir en mis lectores una creencia similar, no puedo dejar de decir que, como resultado de mis investigaciones, tengo la profunda convicción de que *cada una de las dificultades y aparentes discrepancias en las Escrituras es susceptible de una solución justa y razonable.*»

Finalmente, recuérdese que la Biblia no depende ni queda afectada por el éxito o fracaso de este libro. Suceda lo que suceda a éste, y sea cual fuere el veredicto que pronuncie sobre él un público inteligente, la BIBLIA permanecerá. En las eras futuras, cuando sus actuales asaltantes y defensores estén disueltos en el polvo hasta la venida del Señor, y cuando sus nombres hayan sido olvidados por los vivientes, el Libro por excelencia será, como lo ha sido durante los siglos pasados, el gufa y solaz de innumerables personas.

John W. Haley
Santiago Escuin

PARTE I

DISCREPANCIAS DE LA BIBLIA

CAPÍTULO 1

ORIGEN DE LAS DISCREPANCIAS

«Dios se revela en su palabra, como lo hace en sus obras. En ambos ámbitos lo vemos como un Dios que se revela a sí mismo y que a sí mismo se oculta, dándose a conocer sólo a aquellos que en verdad le buscan; en ambos hallamos estimulantes para la fe y ocasiones para la incredulidad; en ambos hallamos contradicciones cuya más elevada armonía nos está escondida, excepto para aquél que aplica reverentemente toda su mente; en ambos ámbitos, en resumen, hay una ley de la revelación, que el corazón del hombre sea probado al recibirla; y que en la vida espiritual, lo mismo que en la física, el hombre ha de comer su pan con el sudor de su frente».

En estas significativas palabras del piadoso Neander¹ se exponen la existencia y el remedio de ciertas dificultades con que se encuentra el estudioso de las Escrituras.

Es el objeto de este volumen seguir la línea de pensamiento señalada por el erudito teólogo alemán, examinando con cierto detalle las discrepancias de las Escrituras, y sugerir, en tales casos, soluciones justas y razonables.

Ningún estudioso sincero e inteligente de las Escrituras negará que en ella aparecen numerosas «discrepancias», esto es, afirmaciones que, tomadas a primera visa, entran no infrecuentemente en conflicto entre sí. Este hecho ha sido reconocido, en mayor o menor grado, por eruditos cristianos en todas las edades.

Entre los escritores antiguos, Orígenes² afirma que si cualquiera examina cuidadosamente los Evangelios con respecto a su desacuerdo histórico,

1. *Vida de Cristo*, Prefacio a la primera edición

2. *Comment. in Evangelium Joannis*, Vol. I, pág. 279. Edic. de Lommatzsch.

llegará a marearse, y que, aferrándose a uno de ellos, o bien desistirá del intento de establecerlos a todos como verdaderos, o bien considerará verdaderos los cuatro, pero no en sus formas externas.

Crisóstomo³ considera las discrepancias como de verdadero valor como prueba de independencia de cada escritor sagrado.

Agustín⁴ recurre frecuentemente, en sus escritos, a las discrepancias, y trata muchos casos con gran capacidad y propiedad.

Moses Stuart,⁵ un eminente crítico bíblico de mediados del siglo XIX, afirmaba que «en nuestras actuales copias de las Escrituras hay algunas discrepancias entre diferentes porciones de ellas, que ninguna erudición ni ingenio pueden reconciliar».⁶

En un sentido muy similar, el Arzobispo Whately⁷ observa: «Es bien notorio, hasta el punto de ser innecesario insistir sobre ello, que las aparentes contradicciones de las Escrituras *son* numerosas, y que la instrucción comunicada por ellas, si ciertamente han sido dadas con este propósito, es abundante».

De forma similar dice el doctor Charles Hodge:⁸ «Se precisaría no de un volumen, sino de volúmenes, para considerar todos los casos de pretendidas discrepancias».

Con estas concesiones hechas por eruditos cristianos, no puede sorprender a nadie encontrar a autores escépticos extendiéndose acerca de las «inconsecuencias manifiestas», «contradicciones internas» y «discrepancias claras» de la Biblia, presentándolas incesantemente como tantas pruebas de lo indigna de confianza que es, y de su origen meramente humano. Las páginas de los racionalistas alemanes y de sus discípulos ingleses y americanos presentan abundantes argumentos de esta clase.

No es necesario decir mucho acerca de la importancia de este tema. Es evidente que tiene una relación vital y estrecha con la doctrina de la inspiración. Dios, que es sabio y veraz, no puede ni mentir ni contradecirse a sí mismo. Así, si pudiera descubrirse que existen en la Biblia o falsedades o verdaderas contradicciones, nuestra conclusión tendría que ser, en todo

3. Warrington *On Inspiration*

4. Ver Rabus en Bibliografía.

5. *Cirt. Hist. and Defence of O. T. Canon*, pág. 193. Edic. revis. pág. 179

6. Cuando consideramos el acusado progreso de la filología sacra y las ciencias relacionadas durante el último siglo, es indudable que el erudito Profesor, si viviera hoy, modificaría radicalmente su opinión.

7. *On Difficulties in Writings of St. Paul*, Essay 7, Sect. 4

8. *Theology*, Vol. I, pág. 169.

caso, que tales cosas no provienen de Dios; y que hasta tal punto la Biblia no estaría divinamente inspirada. Vemos, así, la necesidad de un paciente y sereno examen de las pretendidas falsedades y contradicciones, a fin de que la formulación de la doctrina de la inspiración se ajuste a los hechos reales.

Pero tenemos que guardarnos en contra de la conclusión de que si *nosotros* no podemos dar solución a ciertas dificultades, las tales son por ello mismo irresolubles. Esta deducción, a la que son especialmente susceptibles ciertos temperamentos, huele demasiado a autosuficiencia y a dogmatismo, y resulta totalmente repugnante al espíritu de la verdadera erudición. Como en todos los departamentos de crítica sacra, también en el tratamiento de las discrepancias se precisa de una reverente e inamovible exhaustividad y fidelidad.

Una cuestión preliminar importante trata del ORIGEN de las discrepancias. ¿A qué causas se han de atribuir? ¿De qué fuentes surgen?

1. Muchas de las pretendidas discrepancias son evidentemente atribuibles a *una diferencia en las fechas* de redacción de los pasajes discordantes. No hay nada más común que una descripción o declaración, verdadera y pertinente en su tiempo, resulte, en un período posterior, y en un estado diferente de cosas, irrelevante o inexacto. El cambio de circunstancias demanda un cambio de fraseología. En las páginas que siguen se encontrarán numerosas ilustraciones de este principio.

Un cierto incrédulo, decidido a hacer que la Biblia se contradiga a sí misma, contrasta estos dos pasajes: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Gn. 1:31); y «Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón» (Gn. 6:6). Tomando estos textos fuera de su contexto, y, con su característica «buena fe», sin hacer mención del intervalo de tiempo que los separa, intenta este hombre hacer parecer que la Biblia presenta a Dios como simultáneamente satisfecho e insatisfecho con sus obras. Si este panfletista falto de escrúpulos hubiera dicho a sus lectores que entre ambos pasajes tiene lugar la caída del hombre y un período de unos mil quinientos años de paciencia de Dios y progresiva corrupción de la raza humana, su «discrepancia» habría sido totalmente inútil para servir a sus propósitos.

Es evidente que una vez que el hombre hubo caído, Dios no podía ya estar «satisfecho» con él, a no ser que hubiera habido un cambio correspondiente en Dios. Vemos entonces que las diferencias de fecha y circunstancia pueden explicar perfectamente unas aparentes discrepancias, y eliminar todo vestigio de contradicción.

¿No pueden estas diferencias darnos también la pista para la solución de ciertas dificultades morales en las Escrituras? Encontramos que ciertos de los patriarcas son presentados como hombres buenos, y que sin embargo, ocasionalmente practican el engaño, la poligamia y otros pecados que son condenados en los libros posteriores de la Biblia. ¿No es la norma de la conducta humana, hasta cierto punto, de carácter relativo, graduada en conformidad al conocimiento del hombre, a sus circunstancias, y a su capacidad? ¿Acaso Aquél que se reveló a sí mismo «en muchas porciones y en diversas maneras»⁹ no hizo la revelación de los deberes humanos de un modo muy similar, no como el cegador rayo, sino como la mañana en las montañas, con un clarear lento y gradual?¹⁰

En los tiempos relativamente oscuros en los que vivieron muchos de los santos del Antiguo Testamento, muchas faltas y errores pueden haber sido misericordiosa y sabiamente pasados por alto. Aquellos «tiempos de esta ignorancia» Dios pasó «por alto» (Hch. 17:30). La forma de vivir en aquella era del mundo, en medio de una degeneración total de costumbres al haber las naciones abandonado el conocimiento de Dios, y con los hombres carentes de una más plena revelación de Él, tiene que ser considerada a la luz de aquel período. Dios estaba llamando a los suyos de en medio de unas condiciones muy lastimosas, y empezaba a revelarse para formar un pueblo separado para moldearlo conforme a su voluntad a través de una serie de pasos en la historia, y en medio del cual obrar la Redención. Nada podría ser más injusto o irrazonable que juzgar a los patriarcas, en el amanecer de la revelación de Dios, por la norma ética de la plena revelación de Dios en Jesucristo.

El doctor Thomas Arnold¹¹ opina que la representación más verdadera y fidedigna de las vidas de los patriarcas nos llevan a ver «un estado de sociedad muy poco avanzado en su conocimiento de los deberes del hombre para con el hombre, e incluso, en algunos respectos, de los deberes del hombre para con Dios; un estado de la sociedad en el que la esclavitud, la poligamia, y la venganza personal eran consideradas cosas perfectamente legítimas, y que estaba acostumbrada a hacer una acusada distinción entre mentir y jurar en falso».

También descuenta el temor de que estemos «rebajando la historia más antigua de la Escritura si hablamos de sus protagonistas como hombres que

9. He. 1:1; cp. Alford.

10. Ver Bernard, *Desarrollo doctrinas del Nuevo Testamento*.

11. *Miscellaneous Works*, págs. 149, 150 (Edición de N.Y.)